

VICENTE MENGOD

ALBERT CAMUS EN SU APARENTE SOLEDAD

SERÍA UN ERROR caracterizar con trazos firmes la literatura que se hace y desteje en nuestros días. Al crítico sólo le es dado moverse entre aproximaciones, registrando el ir y venir de ciertas oscilaciones estéticas.

La parábola literaria, concebida como línea sin fin, vibrando con velocidades y tiempos muy diversos, nos señala, en nuestros días, un original cultivo del romanticismo, una inclinación a las técnicas e inspiraciones realistas.

En sus comienzos, el romanticismo renovó el lenguaje. Los filólogos estudiaron sus malabarismos. Ahora renueva la sensibilidad y afina los recursos de interpretación del mundo y de la vida humana. Los psicólogos se apresan a estudiar este fenómeno.

Quizás estamos en los umbrales de un romanticismo del instinto, de la razón y de la ciencia. Tal vez, el de mayores compromisos sea el romanticismo científico, puesto que imagina a la ciencia capaz de regir y orientar los fenómenos morales.

Es muy posible que los escritores dotados de preparación e instinto filosóficos consigan armonizar, en una sola obra, los valores del realismo y del idealismo.

La ciencia no ha trabajado en vano. Hoy día conocemos una serie de funciones y de mecanismos espirituales, que antes nos eran totalmente oscuros.

El existencialismo, después de haber hecho incursiones en los recintos del cuento y de la novela, después de haber brillado en el teatro, parece haberse refugiado en la pura lucubración filosófica. En cambio, un original realismo, con tornasoles románticos, se infiltra en la novelística, señalando los horizontes espirituales de nuestra época. De esta forma, queda vibrando en el aire la parábola de la literatura. En lo alto de su aparente maraña selvática ondean algunas copas con incitaciones luminosas.

He ahí unas consideraciones previas que nos permiten una aproximación a la figura de Albert Camus, escritor galo, demoledor y moralista, sañudo y de exquisita espiritualidad, realista y cultor de las fugas románticas. En su obra está implícita la más actual de las formas del novelar y del ensayo.

Tiene Camus una obra titulada "El exilio y el reino", colección de seis novelas breves. En la primera de ellas, "La mujer adúltera", se expone, el caso de un adulterio espiritual, que va más allá del puro instinto. En "El renegado" se exhibe el alma de un misionero, preso de los bárbaros. Le han cortado la lengua. Y pronuncia, en silencio, atroces blasfemias, reconociendo la supremacía del mal sobre el bien. El resultado no es otro que plantear, en términos existencialistas, lo absurdo del mundo y de la vida.

La tercera novela breve, "Los mundos", se desarrolla en una tonelería. Hay una huelga de trabajadores. Pero los vencidos tienen que reanudar el trabajo, envueltos en su fracaso, dominados por la tristeza.

En "El huésped", Albert Camus cuenta la aventura de un profesor. Sus soliloquios son una verdadera exposición de filosofía práctica, no exenta de fugas líricas, de sueños imposibles en un orbe dominado por la eterna melancolía.

Y las dos últimas historias, "Jonás" y "Piedra que nace", son la pintura de un vértigo colectivo, que llena el alma de espanto y de piedad.

Tal vez sea interesante anotar que este libro, típico de nuestra época, enlaza sus ecos con la más reciente de las obras del poeta francés Blaise Cendrars, viajero infatigable, hombre que ha hecho de su vida una interesante aventura. Esta obra, de vertientes existencialistas, se titula, "Llévame al fin del mundo". Y ese fin del mundo no es otra cosa que el corazón de una populosa ciudad, sórdida, hermosa y horrenda, al mismo tiempo. Como en las producciones literarias de Camus, lo divino y lo humano andan juntos, revueltos, creando, a veces, atrevidas simbiosis, contrafiguras de la vida sencilla, compleja, amable y comprometida.

Albert Camus ha rendido tributo al existencialismo. Algunos de sus personajes fueron lanzados por las rutas del existir de una manera absurda, en apariencia. Ensayos, novelas, obras originales de teatro y adaptaciones dramáticas nos muestran a un escritor cuidadoso de la forma, clásico, inquieto por los rumbos del porvenir. He ahí su dimensión moralista, su tendencia a la fábula y al apólogo cifrados.

Camus no aceptaba de buen grado que se le incluyera en la rúbrica de los existencialistas. Y le brillaban los ojos cuando los críticos aguzaban su pensamiento para buscarle una filiación clásica.

Escritor complejo, en constante evolución, muchas de sus ideas son una especie de clave, una advertencia, algo así como el deseo de buscar un justo medio entre la confianza y el pesimismo humanos. Diríase que su pensamiento está regido, a veces, por aquel sentido aristotélico de las virtudes intelectuales, es decir, por una ética que decía: "Toda virtud es el término medio". Y así, la fortaleza es el verdadero término medio entre la cobardía y la temeridad; la generosidad, el término medio entre la avaricia y el derroche; el mantenimiento de la personalidad, el justo medio entre la renuncia cobarde y la presunción orgullosa.

Quizás una de las enseñanzas de Camus sea la de recordar al hombre de nuestra época que es posible tener esperanzas entre las foscuras de un vértigo colectivo.

Veamos algunas de sus ideas, punto de arranque para ciertas meditaciones filosóficas, si bien enraizadas con la vida práctica.

La obra de Camus, titulada "El extranjero" es una novela, un relato escrito en primera persona. Sin estridencias, de una manera normal, los acontecimientos se entrelazan lógicamente, para llegar a una conclusión verídica, pero que tiene la virtud de irrumpir en las zonas del absurdo. He aquí su vertebración. Un individuo, existente y visceral, sincero consigo mismo, asiste al entierro de su madre. Su emoción, si hubiera existido, se difumina, permanece como una duda, como una posibilidad sin proyección externa. Después, los vaivenes de la existencia diaria llegarán a conferir a este hombre una serie de culpas, un conjunto de valoraciones negativas, todas ellas en función de su propia idiosincrasia, sincera, pero que está al margen de los convenios sociales.

Este personaje, humano en esencia, tiene una amante, conoce a un vecino, se convierte en asesino, porque el sol se le ha metido en las venas. Transcribamos sus palabras en tan decisivo momento: "La quemadura del sol ganaba mis mejillas, y yo sentía reunirse en mis cejas las gotas de sudor. Era el mismo sol de aquel día en que había enterrado a mi madre, y como entonces, la frente me dolía, y todas sus venas batían unidas debajo de mi piel. Y entonces parecióme que el sol se abría en toda su extensión, para dejar llover fuego. Todo mi ser se ha tendido, y yo he crispado mi mano sobre el revólver."

Cometido el crimen, no premeditado, sino por obra y desgracia del sol y de sus circunstancias, comenta: "Y he comprendido que yo había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa en donde había

sido tan feliz. Entonces he disparado aún cuatro tiros sobre un cuerpo inerte, en donde las balas se hundían sin parecerlo. Eran cuatro breves golpes que yo daba en la puerta de la desgracia."

La cárcel acogerá a este hombre. Un juicio largo y complejo será la antecámara de un martirio. Y así, los acontecimientos, lógicos y absurdos, se encabalgan, crean una constante tensión dramática en el relato, hasta hacer sensatas y posibles las últimas palabras del acusado: "Para que todo sea consumado, para que yo me sienta menos solo, deseo que haya muchos espectadores el día de mi ejecución, y que ellos me acojan con gritos de odio."

Albert Camus nos ha presentado un hecho posible, una historia arrancada del diario vivir. Quizás la conclusión que se desprende está más allá de toda esperanza. Una fatalidad, un destino existencial organiza y deshace la vida de los hombres. He ahí cierta dosis de absurdo, tan espectaculares en las producciones del escritor galo.

Sabido es que, en un lenguaje habitual, se llama absurdo a lo que no puede ser de ninguna manera. Ahora bien, ese término, aplicado a la vida diaria, significa lo que escapa a ciertas normas o reglas, sin que ello suponga aceptar su total imposibilidad.

El hecho de que la vida esté llena de absurdos equivale a aceptar su realidad, su existencia. Es más, por un juego de convencionalismos, hemos llegado a valorar lo absurdo como fermento de ciertas posibilidades del hombre.

Quiere esto decir que lo absurdo en la vida humana tiene un sentido muy distinto al estrictamente matemático o lógico. Franz Kafka llegó a la quintaesencia de lo absurdo en sus novelas. Albert Camus proclama la lucidez frente al absurdo. En su obra "El mito de Sísifo" dice que "se ocupa de una sensibilidad absurda, que puede hallarse esparcida en la época".

En definitiva, Camus, al presentarnos a personajes que viven inmersos en la absurdidad, siendo víctimas de ella, quiere demostrarnos la falsedad moral de ese tipo de vida. Y para ello, nos esboza la verdad y equilibrio de las posiciones contrarias. En cierto modo, ese tipo de razonamiento fue empleado por Zenón de Elea para sus demostraciones de la imposibilidad del movimiento y de la multiplicidad del ser.

He ahí que entre las frondas de un vivir, de un estar en el mundo en posición absurda, rebulle el tema de la esperanza, con sus florecillas de la tristeza y de la melancolía. Precisamente, esa constancia de la nota triste y melancólica confiere a ciertas obras de Camus un tornasol romántico, típico de los más recientes rebrotes del existencialismo.

En su obra dramática "Los justos", prendida en un ambiente de terroristas rusos, Camus analiza la psicología del hombre que vive en constante y necesaria encrucijada. Y en boca de sus personajes pone una serie de pensamientos de sentido didascálico, ejemplar, muy en la línea de los grandes moralistas franceses. Leamos algunos, espigados a lo largo del fluir dramático: "Todo el mundo miente. Lo interesante es mentir bien". "La belleza y la alegría existen". "Yo no amo la vida, sino la justicia que está por encima de la vida". "Morir por una idea es la única manera de estar a la altura de esa idea". "La muerte será mi protesta contra un mundo de lágrimas y de sangre."

Sin duda, un pensamiento filosófico está uniendo estas proposiciones. Algo así como la exaltación del idealismo que aspira a una cristalización de la justicia, aunque sea a riesgo de perder la vida. De esta forma, la desilusión y la esperanza se anudan en la balanza de las posibilidades vivas del hombre, realista y existente, ilusionado y soñador de mundos excepcionales.

Su obra, titulada "La caída", es desconcertante. Pero en ella se nos da la total imagen de la vida de un hombre, de un ser humano que sesteaba en la conciencia de muchos honorables ciudadanos de las más diversas geografías y latitudes espirituales.

El autor utiliza el recurso literario del monólogo, de la confesión pública, en voz alta, dirigida a un ser, único en apariencia, colectivo en realidad. El antecedente más inmediato de este recurso literario lo tenemos en Georges Duhamel y en Jules Romains.

El protagonista, hombre preparado para escuchar todos los matices de la vida, perfecto en función de su criterio de moralidad, ha rodado por las rampas de la imperfección. He ahí la caída, la evidencia de la culpa, la necesidad de una constante purificación. Por esta razón, el hombre caído nos dice, como una incitación, como un aviso ejemplar que bien pudiera trocarse en norma de conducta de muchos hombres: "Desde hace algún tiempo, ejerzo mi útil profesión. Consiste en practicar la confesión pública, cuantas veces es posible. Me acuso. No es difícil, porque no me falta la memoria. Ahora bien, no me acuso dándome golpes en el pecho. No, yo navego libremente, multiplico los matices y las digresiones, adapto mi discurso al auditorio, lo induzco a meditar. Mezclo lo que me concierne y lo que atañe a los demás. Tomo los rasgos comunes, las experiencias que nos son comunes y que hemos sufrido, las debilidades que compartimos, el buen

tono, el hombre del día que vive y sufre en mí y en los demás. Con todo eso, fabrico un retrato que es el de todos y el de nadie."

Camus, demoledor en "El extranjero", se convierte en moralista en "La caída". Su intención docente es clara, porque el retrato que muestra a sus contemporáneos es un verdadero espejo. En las últimas páginas de este libro, exclama: "Somos extranjeros y miserables criaturas. Basta que revisemos nuestras vidas para que nos escandalicemos de nosotros mismos."

Y la conclusión queda centrada en unas palabras, que alguien diría arrancadas del Evangelio: "Yo escucharía tu confesión con un gran sentimiento de fraternidad."

Entre líneas, rebulle, cifrada, una consigna: Vivir la vida, con todas sus ventajas e inconvenientes, jugándosela para merecerla, única forma de poder desempeñar el oficio de hombre, en el que nunca se podrá descollar mucho. La felicidad, siempre relativa, se nos dará por añadidura, al margen de la religiosidad o del ateísmo.

Camus, en determinados momentos, ha mostrado una despreocupación por los dogmas, sin que ello suponga burla o ensañamiento. Simplemente, su idea fue la de mostrar que los caminos de la felicidad son muy diversos, que han podido cambiar de acuerdo con la sensibilidad individual del hombre. Y esta es una verdad inscrita en las páginas del fluir histórico.

Egipto, por ejemplo, buscó ese vivir feliz en la grandeza de sus empresas. La China quiso hallarlo en la sabiduría y en la delicadeza, y exaltó el sufrimiento de los seres humanos. El Nirvana fue la línea de conducta de la India. Los pensadores de Atenas, desde Solón a Aristóteles, predicaron la moderación y las restricciones, como una incitación al cultivo de las virtudes intelectuales. Y en nuestros días, los filósofos de la existencia ensayan muy diversos caminos para orientar la vida, para hacerla solidaria e inseparable de su consecuencia lógica que es la muerte. Porque la muerte es algo que le sucede a la vida.

Albert Camus quedará en las letras francesas como un gran estilista. Su frase es breve, limpia de elementos adventicios, sin grandes complicaciones metafóricas. No han faltado críticos que han comparado su estilo al de los grandes periodistas. No creemos acertada esa comparación. La forma expresiva, ágil y nerviosa de Camus, es el resultado de muchas y pacientes elisiones, para dejar, tan sólo, la médula de los hechos y de las ideas. Esa constante revisión se hace patente en sus obras dramáticas, quizás por ineludibles exigencias del género.

Por ejemplo, en "El Malentendido", el autor, inmerso en las zonas de lo inverosímil, tomando como base una noticia periodística, ya insinuada en la novela "El extranjero", nos dice hasta dónde pueden llegar los seres humanos, cuando el fantasma de la felicidad se les interpone en sus cálculos y en su vida concreta. Hay en la obra una madre y una hija cuyo sueño romántico está cifrado en las orillas del mar rumoroso. Allí habrán de refugiarse para gozar de holgura. Pero su crimen, cometido en la persona del hijo, da validez a la clásica teoría del destino, que planea por los enrejados ejemplares de la tragedia griega.

Camus ha reducido su lenguaje a certeros impactos emocionales. Su técnica es la de un lenguaje hablado, sin barroquismos, los nexos entre las proposiciones están ausentes, porque la acción suministra los valores de relación.

En otra de sus obras teatrales, "Calígula", vemos surgir la figura de "un siniestro visionario, no desprovisto de grandeza". Albert Camus ha puesto en contraste los valores de la acción y de la soledad, de la convivencia y de un estar solo en compañía. Se ha dicho que "Calígula" tiene como idea básica la libertad y sus problemas, la relatividad de la vida y los anhelos de absoluto. He ahí, pues, una insistencia en los temas del absurdo. Quizás sea ésta la obra dramática más lograda de Camus. Construida con una base de erudición, siguiendo el hilo del relato histórico de Suetonio, "Los Doce Césares", el lenguaje llega a felices delgadeces de estilo. De vez en cuando, sobre los cielos trágicos de "Calígula" se encienden pirotecnias metafóricas, sentencias que alguien diría escritas por los grandes moralistas franceses.

Otras obras, como "El Estado de Sitio" y "Los Justos" son interesantes ensayos de un teatro de ideas, posibles en apariencia, imposibles en definitiva, quizás porque la sociedad que las produce es la verídica imagen de lo absurdo, de lo que es, aunque sin razón de ser.

Uno de sus trabajos más recientes fue la adaptación teatral de "Los poseídos", novela de Dostoiewski. Muchas simpatías intelectuales existían entre el escritor ruso y el estilista galo. Quizás porque uno y otro estaban convencidos de que los seres humanos quisieran amar y ser comprendidos, si bien la realidad tuerce y difumina los caminos de ese amor.

Camus, solitario y moralista, ha glosado la nobleza del esfuerzo humano. Su filosofía defiende la predisposición a dar la batalla contra una mentira, en nombre de un cuarto de verdad. Porque, en esa partícula verdadera está, a veces, la razón de la vida, los caminos de su libertad.

Diríase que gran parte de la obra de Camus se inspira en las siguientes palabras de André Malraux: "La historia del arte debería ser una historia de la liberación. Pues si la historia* intenta transformar el destino en conciencia, el arte pretende transformarlo en libertad."

En el caos actual, el escritor ahora fallecido leyó el sentido de algunas verdades, registró las oscilaciones apenas sensibles que nos dan el pulso de la evolución del mundo. De ahí que haya sido, no sólo gran escritor, sino también una conciencia solitaria y moralista. Y ha dicho su voz en un desierto aparente. Sin embargo, esas palabras y semejantes admoniciones han sido escuchadas por otras conciencias jóvenes. Uno de estos escritores jóvenes, Roger Ikor, ha dicho: "Ignoro la influencia de Camus sobre mi obra. Pero me siento en comunión con su pensamiento. Es una de sus más bellas frases la que he inscrito como tema en mi último libro."

Otro escritor moderno, Pierre Moinot, agrega: "Camus ha provocado y explicado todo lo que yo he escrito. Tengo con él, a través de sus libros, lazos tan fuertes como los de la sangre. Es mi compañero de planeta."

Veamos ahora unas palabras de Albert Camus sobre el tema "El artista y su tiempo": "El arte, por sí solo, no podría, desde luego, llevar a cabo el renacimiento que asegure justicia y libertad; pero sin él, dicho renacimiento no tendría formas, y por lo tanto quedaría en la nada. Sin la cultura y la libertad relativa que presupone, la sociedad, aun perfecta, no es más que selva virgen. De donde resulta que toda creación auténtica es una ofrenda al porvenir."

Albert Camus estuvo en Chile hace unos años. Su figura alta, ligeramente encorvada, era una especie de símbolo de un existencialismo con tornasoles románticos y de una profunda curiosidad hacia las mínimas palpitaciones del vivir. Sus artículos de combate, reunidos en los volúmenes de "Actuelles", son la cifra humana de un escritor que desaparece, precisamente, en momentos de revisión de la filosofía existencial. Desde los recintos de su aparente soledad nace una consigna de matizaciones filosóficas: "Afrontar el absurdo a plena luz."